

# Artículos y Comentarios



## Habana eterna de ayer

(Los teatristas: Reynaldo de Zúñiga)

Por Mario Parajón

**R**eynaldo de Zúñiga dirigía sus obras en el Patronato del Teatro y en el ADAD casi desde principios de los años cuarenta, pero cuando Baralt montó su Hamlet, fecha memorable para el Patronato y para la vida de don Luis Zúñiga fue su ayudante de dirección.

Baralt dirigía por entonces el Teatro Universitario y reclutó entre sus alumnos a los actores y actrices que harían los papeles pequeños de la tragedia de Shakespeare. A mí me tocó el *Marinero*. Aparece mediada la obra, dice tres o cuatro frases, y se retira tan anónimamente como apareció. Soñé con un atuendo clásico de marinero: la pipa, la barba, el pantalón azul y la chaqueta blanca junto a la infaltable gorra. Pero doña Isabel Fernández de Amado Blanco, a cuyo cargo se encontraba la confección del vestuario, entendió que aquel marinero debía aparecer con una malla negra y algún detalle rojo por el pecho. Lo acepté con resignación.

En el primer ensayo me aparecí con traje y la correspondiente corbata. Venía de una boda. Me acerqué a un grupo de compañeros. En medio de ellos estaba un hombre muy delgado que usaba gafas montadas al aire con unos cristales bastante gruesos. Por esa época los cristales así gozaban de popularidad en La Habana inquieta: Peter Lorrís, el famoso actor, los usaba y también Chibás, el político que armaba cada domingo un escándalo cívico por los micrófonos de la CMQ desde las ocho hasta la ocho y media de la noche.

Este hombre delgado de los cristales gruesos Zúñiga. Yo había visto varias obras dirigidas por él y recordaba especialmente la *Cánida* de Shaw y la más reciente de *La Cabaña*. Las dos me habían gustado, sobre todo la primera. La segunda me gustó menos. La vida con Ana Sáenz, Santelices y otros. Fue una gran experiencia. Después de la vuelta. Se lo dije casi al minuto de su presentación y se mostró muy halagado. Era

muy amable, muy sonriente, sólo hablaba de teatro y parecía un hombre alegre. Al cabo de poco rato, le pregunté: ¿Y cuál será su próximo estreno en el ADAD?— Se le mudó el semblante. Súbitamente se le ensombreció. Me dijo muy lacónico: --No volveré a dirigir para el ADAD. --¿Por qué?— Otro día se lo cuento. Cuando hayamos hecho más amistad.

Y la hicimos. Zúñiga vivía en una habitación de hotel en la Calle Zulueta con un tío juez y su esposa. El juez era un viejecito también delgado y con aire de bondad y malas pulgas. Por lo visto querían mucho al sobrino, pero no asistían a sus estrenos y guardaban mucha distancia con respecto a su vida teatral. Esta transcurría para Zúñiga a tiempo completo. Centeno trabajaba ocho horas en una oficina situada en la Plaza de Armas; Morín en la estación terminal, que según mis allegados iba derecha a la ruina por lo que le gastaba Paquito en teléfono; y Zúñiga gozaba de aquel tío protector, nada rico, pero sí generoso, que le pagaba la alimentación y el cuarto, así que él podía entregarse de lleno a los menesteres escénicos.

En primer lugar a los más humildes, que no por eso dejan de ser importantísimos. Aun después de su éxito con *La Zapatera Prodigiosa* y de su premio Talía por *La Heredera*, Zúñiga dirigía los montajes, hacía maravillas con las luces, estaba pendiente de los pomos de maquillaje, iba a la Casa Pilar y a Fincy el día de la prueba del vestuario y vigilaba las roturas de las mallas, los desperfectos de las chancletas, la blandura de los sables de plástico y las abolladuras de los cascos. De vez en cuando se quedaba admirado ante un abanico hermoso de aquellos que aún se veían por entonces y que estaban que ni pintados para las obras de Wilde; o ante la encuadración de un libro — o ante una mesa muy trabajada.

Era rápido, muy eficaz, iracundo a veces, nada rencoroso, tampoco demasiado culto ni penetrante, pero a cambio de eso dotado de un tremendo sentido del teatro y muy capaz de transmitir lo que debe tener cada obra de expresivo. El movimiento escénico lo trataba muy bien, especialmente si de una comedia se trataba; y aunque lo suyo no era el refinamiento psicológico del personaje, si lo propio de la pieza era el ritmo y la virtud del deslizamiento gracioso, Zúñiga triunfaba en el empeño. En la última etapa del Patronato del Teatro, montó una comedia francesa inspirada en una novela de Colette, *Gigi*, que constituyó un verdadero éxito y una real delicia para los espectadores.

El día que nos conocimos, cuando llevábamos una media hora de charla, me avisaron que me había llegado la hora de interpretar en el ensayo a mi marinero. Zúñiga se colocó de manera que mi actuación le fuera presente. Yo lo hice lo mejor que pude y al terminar me le acerqué"

—No, mi amigo, no. Así no se hace un papel de marinero. Tiene usted que balancearse un poco, acostumbrado a ello por el mar. Y para eso se tiene que parar de otra manera, nunca con las piernas juntas, ni la una detrás de la otra.

Siempre he pensado que le agradezco a Zúñiga su compañía, su vitalidad, su sinceridad, su manera de ser él realizando la dimensión que el teatro tiene de brillante espectáculo; y que le agradezco igualmente me haya enseñado que lo primero en aprenderse debe ser eso tan humilde y tan sencillo de pararse en un escenario.

Apartado 17  
28370, Chinchón, Madrid